

Brida volviendo á su gente,  
El campo en torno resuena,  
Con largo aplauso que llena  
Cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos  
Rasgando los atabales,  
Fueron ocupando atentos  
La multitud sus asientos,  
Y los reyes sus siales.

Puestos los embajadores  
A un lado y á otro los jueces,  
Al són de los atabores  
A los nuevos lidiadores  
Requirieron por tres veces.

Lanzáronse hácia la liza  
Hasta cuarenta ginetes,  
Y en su línea movediza  
El aura estremece y riza,  
Crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno  
Impacientes los bridones,  
Henchir queriendo su seno  
Con los belicosos sonos  
De que el aire tragan lleno.

Entonces desde una tienda  
De los que el campo mantienen,  
Al lugar de la contienda  
Un caballo por la rienda  
Dos pages bajando vienen.

Por si quisiera lidiar  
Al rey le ofrecen corteses;  
Advirtiéndole á la par,  
Que mejor no le ha de hallar  
Ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores  
El sol de la liza igual,  
Y al són de los atabores  
Retados y retadores  
Aguardaron la señal.

## II.

Con la visera calada  
Y los lanzones en ristre,  
Los broqueles ante el pecho,  
Sobre los estribos firmes,  
Cerráronse á toda brida  
Los lidiadores insignes  
Los unos contra los otros  
A la voz de los clarines.  
Todo fué polvo un instante,  
No se oye ni se distingue  
Mas que el són que los aceros  
En fiero compás despiden.  
En honda y ansiosa duda,  
En angustia indefinible,  
Almas con ojos esperan  
A que el polvo se disipe.  
Es en vano que las damas  
Al turbio palenque miren;  
Todo entre el espeso polvo  
Está en el campo invisible.  
En vano sobre su escaño  
Se levanta don Enrique;

El polvo oculta á sus ojos  
Los que vencen ó se rinden  
Se oye que abajo en la liza  
La recia contienda sigue,  
Porque los gritos no cesan,  
Y los golpes se perciben.  
Unos gritan "Flandes. Nadie."  
"Al rey, al rey," otros dicen;  
Y las lanzadas se doblan  
Y los tajos se repiten.  
Ayes, lamentos, insultos,  
Maldiciones, lelijías,  
Relinchos y cuchilladas  
Todo á un tiempo se concibe;  
Todo en tumulto espantable,  
Todo en confusion horrible.  
Todos los gritos se mezclan,  
Y á gran pena se distinguen  
Los de: "¡Cierra!—¡Hiere!—¡A ellos!  
—¡Alá!—¡Flandes!—¡Don Enrique!"  
Creyéndose al mismo tiempo  
Por los cierra y los lelijías,  
Que flamencos y cristianos  
Contra sarracenos riñen.

Rodó al fin el polvo denso  
Con las ráfagas sutiles,  
Descubriendo la vergüenza  
De los que la arena miden.  
Pocos pudieron bizarros  
Al encuentro resistirse;  
Su mismo impulso fué causa  
Del azar que les aflige.  
Quedaron de entrambas partes  
Tan solo trece que lidien,  
Son los seis mantenedores  
Los otros siete del príncipe.  
De ellos hasta tres son moros  
Que á los del rey bien asisten,  
Con los alfanges sangrientos  
Y los palafrenes libres.  
Donde una espada se rompe,  
Donde un yelmo se divide,  
Do quier que un palmo se pierda,  
O un caballo se reprime,  
Allí la lanza de un moro,  
Allí un alfange invisible  
Hiere, acosa, rompe, vence,  
Antes que se le adivine.  
Algunos de entrambos bandos  
Que levantarse consiguen,  
Con los pomos y los puños  
En el combate persisten.  
Dan, cian, avanzan, vuelven,  
Y ligeros como tigres,  
Soltando el inútil hierro  
Con los brazos se reciben.  
Se abrazan y se sacuden,  
Y se cruzan y se oprimen,  
Y al fin de afanosa lucha,  
Sin vencer y sin rendirse,  
Ruedan abrazados ambos  
Y cuartel ninguno pide.  
Perdidos entre el tumulto

Tal vez aun se distinguen  
Sus desesperados esfuerzos,  
Sus convulsiones horribles.  
Hasta que el tropel sangriento  
De los ginetes que viven,  
Los envuelve enteramente,  
Los espera ó los persigue.  
Tocó el sol en occidente;  
Y á la voz de don Enrique  
Pages entran en la liza,  
Que los heridos retiren.  
Despejado un poco el campo,  
La liza de estorbos libre,  
Quedaron lidiando siete  
Sobre los estribos firmes.  
Don Beltran con el de Flandes  
Y un flamenco que le sigue,  
Con un hacha á cuyos filos  
Mal los broqueles resisten.  
Lidian por el rey valientes,  
Los ventajados en lides  
El marques de Santillana  
Que negra armadura viste,  
Don Juan Pacheco, que el mando  
Leva á medias con el príncipe,  
Y el buen conde de Treviño  
Del solar de los Manriques.  
Con ellos guerrea un moro,  
De cuya opulenta estirpe  
Dan testimonio y no escaso  
El negro corcel que rige,  
El corvo alfange que empuña  
Y el arnes con que se ciñe.  
Mas todo está deslucido  
Sin que oro ni acero brillen,  
Que todo en polvo y en sangre  
A puro lidiar se tiñe.  
Don Beltran, rota una brida,  
Con esfuerzos increíbles,  
Contra el moro y Santillana  
Ve su salvacion difícil.  
Las damas le victorean  
Mostrando bien cuanto es triste  
Que caballero tan bravo  
Con tal desventaja lidie.  
Los jueces están inquietos,  
E indeciso don Enrique,  
Duda si el baston de mando  
A tiempo en la arena tire.  
Mas antes que esto suceda  
Se oyó pujante y terrible  
El grito con que el flamenco  
"¡Flandes y nadie!" repite.  
Y revolviendo el caballo,  
Con impetu se dirige  
Hácia el noble Santillana,  
Que el campo á su empuje mide.  
Entonces al de Treviño  
Volviendo—"¡Aquí Flandes!"—dice;  
Y alzándose en los estribos  
De entrambas manos se sirve.  
Cayó del caballo el conde;  
Y volviendo el que le rinde

Al soldado que le ayuda,  
Le manda que se retire.  
Quedaron pues dos á dos,  
Cuatro valientes que piden  
Una corona los cuatro,  
Para los cuatro difícil.  
Y bien merecen que en ellos  
Su honor sus partidos cifren,  
Porque no hay mejores brazos  
Para que le depositen.  
Pacheco y Beltran cayeron;  
Pacheco asido á las crines,  
Debajo está del caballo  
Incapaz de desasirse.  
Vino don Beltran sobre él;  
Mas los jueces que presiden  
Dan por vencido á Pacheco  
Y escuderos le permiten.  
Mientras, agotando esfuerzos  
Que parecen imposibles,  
El árabe y el de Flandes  
La lucha tenaces siguen,  
Grita el flamenco—"¡Aquí Flandes."  
Y el árabe á cada quite  
Entra y sale huyendo y dando  
Siempre en duda y siempre libre.  
En vano el flamenco acude  
A cuanta fuerza le asiste;  
El moro hace que el caballo  
Pase, cruce, salte y gire.  
Mas cansada su fortuna  
A tiempo que ambos se embisten,  
Al dar una huida el moro  
Hace que el caballo pise  
Tan en vago, que aunque diestro  
Le levanta y le reprime,  
Dobló las manos en tierra  
Tocándola con las crines.  
Esto que viera el flamenco,  
Con empuje irresistible  
Para adelante se viene  
Sin que el moro alcance á herirle  
Cayó el de Flandes encima,  
Y aunque el caballo le oprime,  
Así con tal fuerza al moro  
Que le acogota y le rinde.  
Tiró su baston el rey;  
Y al són de los añafles  
Mandó que por los del campo  
La victoria se publique.

## III.

Mientras á los piés del rey  
Be hinojos Beltran se pone,  
Y el rey le tiende la mano  
Porque con ella se honra,  
A las puertas de liza  
La multitud agolpóse,  
Para ver la cabalgada  
Cuando á palacio se torne.  
Bajaron de sus andamios  
El rey, la reina y la corte,

Damas, caballeros, pages,  
Obispos y embajadores.  
De manos de los donceles,  
Recibiendo los bridones,  
Conducir de allí á las damas  
Como enantes se proponen.  
Asidos brida y estribo  
Porque mas fáciles monten,  
Por las hermosas esperan  
Los caballeros mejores.  
Púsose el primero el rey,  
Y ya cortes se dispone  
A dar la mano á la reina,  
Cuando con audacia un hombre  
Cejar haciendo al caballo,  
Sin respeto se la coje.  
"¿Quién se atreve!..." dijo el rey;

Y en el rostro los colores  
Tornando el gesto alterado,  
Delante su vista hallóse  
La brida asiendo al flamenco,  
Que así osado le responde:

"Si pasais sin combatir  
"Será sin guante ni estoque,  
"Que he lidiado en el palenque  
"Bajo de estas condiciones."

El rey Enrique, indeciso,  
De arriba abajo miróle,  
Dudando si por quien sea  
Se lo tolere ó se enoje;

Pero por mas que á sus solas  
Su pensamiento recorre,  
Como él su resto recata,  
No sabe si le conoce.

Al fin fingiendo respetos  
Por sus derechos, cedióle,  
Ya su razon otorgando,  
Ya por secretas razones.

Tendióle la mano y dijo:  
"Llor á los vencedores!  
Tomad lo que habeis ganado,  
Que en efecto anduve torpe.  
¿Quién sois?"

—Nadie: esa es mi empresa.  
—¿Es vuestra cifra?  
—Es mi nombre.  
—Sois valiente, y no os atañe  
Por vida mia ese mote.  
—Ya dije que es nombre propio,  
Y no le merezco noble.  
—¿Cómo pues?  
—Porque he vendido  
Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,  
Y tras cortas reflexiones,  
Con sonrisa ambigua dijo:  
"Id adelante," y siguióle.

## RECUERDOS.

Es una noche tranquila,  
De esas azules serenas,  
En que de la luna apenas  
La pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes  
Por medio el espacio flotan,  
Que así de la luna embotan  
Los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga  
Los árboles estremece,  
Y segun se estingue ó crece,  
Crece el murmullo ó se apaga.

Noche espléndida y serena  
Que al hombre á pensar convida,  
Y en que resbala la vida  
De gozo y pesar ajena.

En que aborto el pensamiento  
En vaga meditacion,  
Halla una blanca ilusion  
En cada arruga del viento.

Nada ve el ojo aunque mira,  
Oye el oido y no escucha,  
Y consigo en débil lucha,  
Triste el corazon suspira.

Una noche clara y pura  
En que, contemplando el cielo,  
Crece en el alma el consuelo  
Y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos  
Con el fulgor de la luna,  
La ilusion de la laguna  
En argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío,  
Cual un escuadron gigante,  
Y cual rastro centellante  
La cinta blanca de un rio.

Noche en que prestan á una  
Blando perfume las flores,  
Música los ruiseñores  
Y resplandores la luna.

De esas noches que una vez  
Todos los hombres gozaron,  
Y á cuya luz recordaron  
Los sueños de su niñez.

De esas noches, cuya historia  
Dura en el alma escondida,  
Página de nuestra vida  
Pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro  
Con que en murmullos suaves  
Aduermen hojas y aves,  
Y aguas, al campo del moro,

Un hombre sobre una peña  
Se alcanza en la oscuridad;  
Mas no se alcanza en verdad  
Si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura  
Sombra negra alguna vez,  
La movible brillantez  
De su límpida armadura.

Se oye entre las yerbezuelas,  
A cada sacudimiento,  
El brusco estremecimiento  
De sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza  
Del ánima dolorida,  
Tal vez por la antigua vida,  
O acaso por su esperanza.

En esto en una alta torre  
Que al campo del moro cae,  
Por do Manzanares trae  
Sus corrientes cuando corre,

Vagó sobre el aura leve  
Voz tan dulce y lastimera,  
Que atenta el aura ligera  
Por oilla no se mueve.

A aquel suavísimo son  
El caballero escondido  
Ansioso prestó el oido,  
Hízose todo atencion.

La voz que oye límpia y blanda  
En estribillo amoroso,  
De un amador licencioso  
Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,  
Y tan tierna en su cantar,  
Que intentarla remedar  
Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
Ya trémula, ya segura,  
Como la fuente murmura,  
Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago  
Sin tema sobre que acuerde,  
Como un aura que se pierde  
Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
Una voz tan infantil,  
Que no envidia en lo sutil  
Tonos á la golondrina.

¿Es ilusion mentirosa  
O es tremenda realidad,  
Ese sueño de otra edad  
Mas bella y mas dolorosa?

¿Por qué estremecido miras  
Esa torre solitaria,  
Y al rumor de esa plegaria  
Con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,  
En ese son misterioso,  
Que el zéfiro vgaroso  
Arrastra ufano hasta tí?

¿Ese que gime en el viento  
Sonido despertador,  
Es un recuerdo de amor  
O un tenaz remordimiento?

¿Ah! el pensamiento perdido  
Incapaz de decidir,  
Vacila entre el porvenir  
Y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima  
De mas cercana inspeccion,

Bien sabe su corazon  
Que aquella voz le lastima.  
¿Quién vivirá en esa torre  
Que canta tan dulcemente,  
Mientras suena mansamente  
El Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella  
Oyó que en trova confusa,  
La voz de quien canta acusa  
Los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta  
Lastimado son de duelo,  
Cual queriendo dar consuele  
Al corazon la garganta,

Oyó tambien que suspira  
Tan amantes cantilenas,  
Que si canta entre cadenas  
No canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,  
Y sobre el césped mullido  
Oyóse un pié contenido  
Que va cautelosamente.

Cada vez mas cerca está...  
Púsose en pié el caballero,  
Y requiriendo el acero  
Preguntó firme: ¿Quién vá?

A sus rayos argentinos  
La luna dejóle ver  
Un page que echó á correr  
Dando vuelta á unos espinos.

—¿Sois vos (le dijo llegando)  
Nadie en Flandes, mucho aquí!  
—Mucho te han dicho de mí  
—Pues á vos vengo buscando,  
Seguidme.

—¿A dónde?  
—¿Temeis?  
Dijeron que erais valiente.  
—Mas fiarse no es prudente  
Del primero...

—Bien haceis.  
Dios os guarde: á decir voy  
Que os propuse una aventura,  
Y desechó por mesura  
Vuestra prudencia la de hoy,  
—Mucho sabes, pagecillo,  
Ve delante.

—Pues de mí  
No os separeis, por aquí.  
—¿Dónde vamos?  
—Al castillo.

Y de un torreón en el centro  
Postigo oculto buscando,  
Entraron ambos cerrando  
La portezuela por dentro.

## FAVOR DE REY

En medio de un aposento  
Que el rey Enrique eligió,  
Para secreto teatro  
De sus comedias de amor:

El y Beltran de la Cueva  
A quien con prisa llamó,  
Están Don Beltran en pie,  
Y él tendido en su sillón.  
Decora del gabinete  
El magnífico interior,  
Cuanto de rico y espléndido  
Monarca jamás juntó.  
Cuelga una lámpara de oro  
Del cincelado artesón,  
Forrados en terciopelo  
Los muros en derredor;  
El pavimento de alfombras  
Esquiritas se vistió,  
Y sobre el rey pende inquieto  
De plumas un pabellón.  
Delante tiene á una fiesta  
Preparado un velador,  
Cual le anheleran cubierto  
La codicia y la ambición.  
Copas y cubiertos de oro;  
Bajilla que cinceló  
Diestro artista, á quien por ella  
Dieron riquezas y honor.  
Y á su lado entre perfumes  
En pródiga ostentación,  
Doble y superior servicio  
Sobre un ancho aparador.  
Siguiendo el rey y el privado  
Su rota conversacion,  
El vasallo respondia,  
Preguntándole el señor.  
—¿Con que lloraba?  
—Doliente  
En mis brazos se arrojó  
Diciendo: "Es él quien lo manda?"  
—¿Y qué respondisteis vos?  
—Que en ello vuestros mandatos  
No admitian dilacion.  
—Muy bien dicho. Y á esa orden  
¿Ella qué dijo?  
—Señor...  
—Sin escrúpulos decid,  
Beltran, que en esta ocasion  
Si alguien debiera tenerlos,  
Vos cabalmente no sois.  
Mas os juro por mi vida  
Que no me acosa el menor;  
Por el bien de mis vasallos  
Tengo en esto obligacion.  
Conque ¿qué dijo?  
—En injurias  
Su lengua se desató.  
—¡Hola, hola!  
—Lamentando  
Vuestra inconstancia en amor.  
—No fué mucho, don Beltran;  
Pero ya, gracias á Dios,  
Tenemos algo de mundo  
Y ha tiempo uso de razon.  
Y ¿qué más?  
—Roja de rabia  
Mal caballero os llamó,

Indigno de vuestra estirpe,  
Hipócrita y seductor.  
—Ese ya es otro cantar,  
Buen Beltran, mas tengo yo  
Para mí que el injuriarme  
Era pedirme perdon.  
—A vuestro real pensamiento  
Sin oponer la menor  
Contradicion, yo os dijera  
Que me asiste otra opinion.  
—Cómo? decid.

—Doña Inés  
Por ultrajada se dió,  
Y serenándose al punto:  
"Bien, caballero; ¿sois vos  
[Me dijo con voz resuelta]  
Mi guarda ó mi conductor?"  
—¿Y vos?

—Señora, le dije,  
Otro el rey os preparó.  
—¿Y ella?

—Añadió: "Pues decidles  
De mi parte á ambos á dos,  
Que apresuren nuestro viage,  
Que estoy pronta y noble soy;  
Y al rey en particular,  
Que escuse toda ocasion  
De sincerarse, que siento  
Tal desprecio por su amor,  
Que si al paso se me pone  
Ni aun he de mirarle yo."  
—Bravamente lo ha pensado;  
No lo hiciera yo mejor.  
¡Pobre muchacha! En las redes  
Que la he tendido cayó.

Callaron por un instante  
El privado y el señor,  
En consulta cada cual  
Con su propia reflexion.  
En esto confusamente  
Del muro en el interior,  
Con misteriosa cautela  
Llamada ó seña sonó.  
—¿Han llamado?  
—Sí por cierto.  
—Ellos serán.

—Sí señor.  
—Abrid y en mis conjeturas  
Ayúdeme el vino y Dios.  
Con un oculto resorte  
Don Beltran la puerta abrió,  
Y entraron por ella un page  
Y el flamenco vencedor.  
Tendió el flamenco la vista  
Sin señal de turbacion,  
Por todo cuanto le alumbran  
Las luces en derredor;  
Y sereno, altivo, inmóvil  
En la misma posicion,  
Con la visera calada  
Callando se conservó.  
—Venid, le dijo, dejando  
El monarca su sillón.

Encubiertas las mejillas  
Con un antifaz mostró.  
—Engañásteis mi esperanza,  
Díjole el rey.

—Ah señor!  
Para encubrir mi desdicha  
Es doble mi precaucion.  
—¿Y quién tanta penitencia  
A imponeros alcanzó?  
—Mi vergüenza.

—Y ¿por qué trazas?...  
—De una mujer se valió.  
—Basta y brindad, caballero;  
El que buscaba sois vos.  
Bebieron ambos: la mano  
El monarca le tendió.  
—Y ahora, le dijo, escuchadme,  
Si os place, con atencion.  
¿Queréis llevar en secreto  
Una dama de alto honor  
A Portugal?

—A la misma  
Constantinopla, señor,  
Centellándole los ojos,  
El hidalgo respondió.  
—Está bien. Beltran, mis órdenes  
Llevad á esa dama vos;  
Que al punto partan.—Tomad.  
En ese pliego que os doy  
Encontrareis, caballero,  
Mi voluntad superior.  
En pasando la frontera  
Le abrireis; y en tanto no,  
Ni vos ni nadie á la dama  
Mantenga conversacion.  
Ved que en ello os va la vida,  
Pues gentes os daré yo  
Que os velen y os acompañen  
Por mi reino.

—Eso, señor,  
Mas es castigo que premio.  
—Negocios de corte son,  
En que á par necesitamos  
Yo prudencia, y vos valor.  
De vuestros treinta ginetes  
Hasta diez irán con vos;  
Los demas á la frontera  
Los enviaré luego yo.  
¿Comprendisteis?

—Comprendí.  
—¿Prometeis?...  
—Delante á Dios  
Os aseguro que nunca  
Mi ventura fué mayor.  
—Ah, mirad, se me olvidaba:  
Este pequeño cajón  
Llevareis á su destino.  
—Decidme su dueño.

—Vos.  
Es un presente que os hago,  
Que os probará, salvo error,  
Que es mi memoria tan larga  
Cuanto la vida en los dos.

Venid al igual conmigo,  
Ilustre batallador.  
Aliviaos de esos hierros,  
Ocupad ese sillón,  
Y tendedme vuestras manos,  
Que á fé que me harán honor.  
Beltran, que sirvan la cena;  
Y en tan dichosa ocasion  
Chipre, el Vesubio y Falerno  
Nos presten gozo y valor.  
—No os sentais?—El caballero  
Sin moverse respondió:

—Yo soy un aventurero  
Que por mis desgracias voy  
Cumpliendo una penitencia  
Que me han impuesto, señor.  
No puedo mostrar mi rostro,  
Mi nombre, ni mi blason,  
Sino al hombre que me venza  
En las armas superior;  
Y entonces será pidiéndole  
En nombre del sumo Dios,  
Que me pase compasivo  
Con la daga el corazón.

—Caballero, pues que todo  
Me convence que lo sois,  
Díjole el rey ¿no pudieran  
Alzar ese voto en vos  
La voluntad de los reyes,  
Ni aun para hacerlos honor?  
Porque en verdad que me afiije  
Al daros por galardón  
Mi amistad y mi palacio,  
No saber á quien los doy.

—Por respeto á mi rey solo  
Voy sin ventura, señor;  
Ved si estimo vuestras dádivas  
Como de quien ellas son.—  
Miró al caballero el rey  
Con ojo escudriñador,  
Y comprimiendo los labios  
A don Beltran los volvió  
Diciendo:—¿Cómo ha de ser!  
La voluntad es de Dios.

—Mas ya, señor caballero,  
Que la suerte me privó  
Del placer que me esperaba,  
Pediros quiero un favor.  
—Será mandato, y cumplirlo  
En mí será obligacion.  
—Jurad que lo cumplireis.  
—Jamás he jurado yo;  
Que tengo en mas mi palabra  
Que el juramento mejor.  
—Dispensad, que anduve torpe,  
Concededme por perdon  
Un brindis.

—Eso mas bien,  
Con mil amores, señor.  
Llenó don Beltran las copas;  
Una cada cual tomó,  
Y alzándose la visera  
El flamenco lidiador,

Conque si os cumple, brindemos  
A vuestra vuelta.

—Señor  
Nadie cuenta con su suerte.  
—No me la aseguro yo;  
Mas si á mi España volveis,  
Tal vez halleis lidiador  
Que os arranque vuestro nombre,  
Sin ver vuestro corazón.  
A vuestra salud, hidalgo,  
Y á nos ayude Dios.

El rey apuró su copa,  
Y apartando el pabellón,  
Por una puerta secreta  
Del gabinete salió.

#### CONCLUSION.

Es una tarde nublada  
Que espléndido el sol no alumbra,  
Velado entre las neblinas  
Que el cielo cóncavo enlutan.  
Recio y norte sopla el viento,  
E interceptada y confusa  
La vista á distancia corta  
Los objetos no columbra.  
Es un estrecho camino  
Dó entre la arena menuda  
Brotó á pedazos un césped  
Que la marcha dificultó;  
Y por entrambos sus lindes  
Mecén sus ásperas puntas  
Zarzas que guardan con ellas  
Frutos que nunca maduran.  
Por él á rápidos pasos,  
Temiendo la noche oscura,  
Las fronteras españolas  
En triste silencio cruzan  
Una dama en su litera  
A la merced de dos mulas,  
Un caballero que el rostro  
Bajo el capote oculta,  
Y hasta cuarenta ginetes  
Que les custodian la ruta.  
Apenas en Portugal  
Fijaron planta segura,  
Oyóse del caballero  
La pujante voz robusta.  
"Alto, dijo; nadie pase.  
Cada cual consigo cumpla;  
Los españoles á España,  
Y mis gentes aquí juntas."  
A este mandato obedientes,  
Como cosa en que no hay duda,  
Los de España saludando  
Tornan á su España grupas,  
Y á la espalda los flamencos  
De su capitán se agrupan.  
Este, entonces, con la risa  
En sus labios insegura,  
Esclamó: "Ya está en mis manos

"Su secreto y su fortuna.  
"Enrique, si en esta dama,  
"Que en verdad lo será tuya,  
"A aclararme tu vergüenza  
"No sirve cuanto discurra,  
"Me libro de mi palabra,  
"Pues mi razón me disculpa,  
"Y á recibir te prepara  
"Por tus injurias, injurias."  
Y rasgando el sello real  
Que el pergamino le oculta,  
Leyó estas negras palabras  
Escritas de la real pluma:

"Mi valiente aventurero,  
Don Rui Pero Sandoval;  
Pues según me son testigos  
Las justas de don Beltrán,  
Tanto os place los corceles  
De nuestras damas guiar,  
Ahí lleváis á doña Inés,  
A quien en Dios y en verdad  
Podeis á donde os contente  
Desde este punto llevar.  
Y porque memoria mía  
No os falte desde hoy jamás,  
El regalo que me hicisteis  
En ese cajón lleváis.  
Mas os prevengo que cauto  
No entrais en Castilla mas,  
Que en ella os espera una horca.  
Mas alta que la de Amán."

Los ojos desencajados,  
La lengua en la boca muda,  
Contemplando el pergamino  
Que entre las manos estruja,  
Quedó el duque don Rui Pero  
Sin intención que le acuda.  
Volviendo al fin en su acuerdo  
Víctima de interna lucha,  
Con que le acosan á un tiempo  
Los recuerdos y las dudas,  
A la litera lanzóse,  
Y asiendo las vestiduras  
De la dama, á viva fuerza  
Sacándola la pregunta:  
—¿Quién sois? Por Cristo bendito  
Que lo diga y se descubra.

Ella de dolor transida  
A tales voces se turba,  
Y el duque le arranca el velo  
Cogiéndole de las puntas.  
Blasfemó el duque; y asiendo  
Con mano audaz é iracunda  
El cajón que le dió el rey,  
Le estrella en la tierra dura.  
Rodó por el campo estéril  
Una cabeza insepulta.  
Desmayóse doña Inés,  
Corrió una lágrima turbia  
Por los párpados del duque,  
Mas amarga que cicuta:

Y en el solemne silencio  
De aquella tragedia muda,  
De entre un pabellón de nubes  
Pálida asomó la luna.

#### LAS DOS ROSAS.

En un escondido valle  
Hay todavía una torre  
Vecina al Carrion, que corre  
De chopos entre una calle.  
Castillo dicen que fué  
Poderoso, mas ya apenas,  
A través de dos almenas,  
Su ilustre origen se vé.  
Tendidos sobre una altura  
Véense un torreón y un muro,  
Pero en montón tan oscuro  
Que medrosa es su figura.  
Brotó á sus pies sin respeto  
Espeso zarzal salvaje,  
Cuyo espinoso ramaje  
Vejeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mohan ni senda  
Que á su rastrillo conduzca,  
Ni puerta en que se deduzca  
Que hay dentro quien la defiende.

Allá por algunos trigos  
Que crecen en derredor,  
De su ruina y su dolor  
Imperturbables testigos,

Hay paredes que á pedazos  
Están mostrando que ayer  
Pudieran bien mantener  
Un pueblo sus rotos brazos;

Hoy en pajiza cabaña  
Vela un pastor el misterio  
De aquel corto cementerio  
Que el agua del Carrion baña.

Allí una generacion  
Duerme tal vez escondida...  
¡Así de la amarga vida  
Las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas  
Al són de toco estribillo,  
El encierra en el castillo  
Por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa  
Y él no pasa de pastor;  
Pues no ha de ser su señor,  
Poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué  
La techumbre á que se acoge,  
Hombros y labios encoge,  
La mira y dice "no sé."

Los días que van pasando  
La colina gstarán,  
Y al cabo concluirán  
El castillejo enterrando.

Entonces ya de la historia  
Del edificio primero,  
Ni el pastor ni el pasajero  
Tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar  
En derredor de la lumbre,  
Desvelada muchedumbre  
La oirá acaso contar.

Contarála un peregrino  
A quien tal vez por su cuento  
Darán escaso alimento  
Para seguir su camino.

Y yo que siempre miré  
Como un viage nuestra vida,  
Por historia entretenida  
Del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba  
Mal que pese á vuestro empeño  
Os ahuyenta el blando sueño,  
Yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor  
Os dormís de vuestra almohada,  
De una noche sosegada  
Sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo  
Brillantes rayos despide,  
Que del Carrion reverberan  
Entre las ondas humildes.  
Engrosadas van ahora  
Con las nieves que derrite  
En las crestas de las sierras  
Con que Castilla se ciñe;  
Y entrambas riberas bordan  
Con duros hielos que oprimen  
Los restos que dejó mayo  
De sus céspedes sutiles.  
Altos y desnudos chopos  
Las orillas le dividen  
Que al agua las ramas tienden  
Porque en el agua se miran,  
Y ellas ufanas pasando  
Por la sombra que reciben,  
Con blanco mumullo lamen  
Los troncos y las raíces.  
Es un día puro y diáfano  
Cuanto Diciembre permite,  
Que en su mustia presidencia  
El sol del invierno brille  
Alegre cuanto alegrarse  
Es permitido á los tristes,  
Diáfano cuanto la niebla  
A un sol sin fuerza se rinde.  
Y es un pueblecillo oculto  
Tras una peña, en que firme  
Estriba un alto castillo  
Que de protector le sirve.  
Dos esquilonos agudos  
En disonante repique  
El toque de medio día  
A aire en calma despiden:

Y en medio están de la plaza  
Cuantos hidalgos la viven,  
Los sombreros en la mano  
Inclinadas las cervices.  
Las mugeres, apartadas  
Sus labores mugeriles,  
Esperan devotamente  
Que los hombres se santigüen.  
Los muchachos impacientes  
A hurtadillas se sonrien,  
Por mas que les amonestan  
Los viejos que les imiten.  
En un balcón de una casa  
Que mas alto nombre pide,  
Por los roídos escudos  
Con que sus paredes viste,  
Por los vidrios que al son dejan  
Que su interior ilumine,  
Y los calados de un arco  
Que mal al tiempo resiste,  
Hay dos personas que, vueltas  
De espaldas al sol, impiden  
Que se alcance desde abajo  
Si recen ó se platiquen.  
Una es (con soles por ojos  
Y por labios alelíes)  
La mas hermosa villana  
Que con hidalgas compite;  
Rosa nacida en el campo  
Entre zarzales y mimbres,  
Pero á quien ceden vencidas  
Las rosas de los jardines.  
Ufanos la engalanaron  
A porfia los abriles,  
Con cuantos juntaron gracias  
Uno tras otro hasta quince.  
Diéronla negros cabellos,  
Cúrtis que afronta á los cisnes,  
Dentadura igual y enana,  
Cuello torneado y flexible.  
Orlan sus párpados blancos  
Largas pestañas sutiles  
Coronadas por dos cejas,  
Arcos que enojan al iris.  
Cintura escasa, alto pecho,  
Pié breve, resuelto y libre,  
Y dos manos que semejan  
Ramilletes de jazmines.  
Bellísima es la tal Rosa,  
Por mas que el pueblo critique  
El orgullo con que ostenta  
Sus encantos juveniles.  
Las mozas, que se recata  
De sus amistades dicen:  
Que es la inconstancia excesiva  
Con que desprecia á quien rinde.  
Las viudas, que es demasiada  
La libertad con que vive,  
Y muchos los forasteros  
Cuyas visitas admite;  
Y las viejas, de su madre  
Murmuran que las recibe  
Con audacia escandalosa

Y confianza reprehensible.  
Mas Rosa y Brigida en ellas  
Con tan poca cuita siguen,  
Que si estos murmullos oyen  
Se deleitan en oírles.  
Por eso tan cortesano  
Baja don Bustos Ramirez  
Diariamente á su casa  
Del castillo en que reside  
Baron altanero y mozo  
Afortunado en las lides,  
Cuyas riquezas esceden  
A lo ilustre de sus timbres.  
Dejó há poco de la corte  
La perezosa molicie,  
Las damas voluptuosas  
Y los ruidosos festines,  
Por la calma de sus tierras,  
Donde su presencia exigen  
Los negros ojos de Rosa  
Que diz que en los suyos vive.  
Es cierto que se susurra  
Que un mancebo que la escribe,  
Palabra de casamiento  
Tiene de ella, y que es difícil  
Que la renuncie si vuelve,  
Lo que es tal vez muy posible.  
Mas don Bustos es mancebo  
De nobilísima estirpe;  
Baron que manda vasallos,  
A quien escuderos sirven,  
A quien pages acompañan,  
Y á quien mucho el rey distingue.  
Es señor de horca y cuchillo,  
Rey en aquellos confines,  
Y á quien plebeyos é hidalgos  
Pecho y homenaje rinden.  
Y no es otro el que con Rosa  
Sobre el balconcillo sigue,  
Dando á la plaza la espalda  
Mientras que dura el repique.  
Al fin santiguado el monge  
Que el templo del lugar sirve,  
Cada cual tornó á su espera,  
Y á sus requiebros Ramirez.  
Apoyado sobre el codo  
Deja que el cuerpo se incline,  
Guardando tras una mano  
Una mejilla invisible;  
Y á favor de esta postura  
Al pueblo curioso impide  
Que le aceche las palabras  
Que á la muchacha dirige.  
En la espresion inefable  
Con que Rosa le sonrie,  
Bien se ve que en vez de enojos  
Satisfacciones recibe.  
Ni menos de sus palabras  
El castellano se aflige,  
Pues cuanto ella mas tolera  
Mas él confiado insiste.  
El platica: ella le escucha  
Sin que altanera le esquivé,

Y él mas se le acerca osado  
Cuanto ella oyéndole sigue.  
Hubo un instante de aquellos  
Que el amor llama felices,  
Que con el alma se sienten  
Y con el alma se miden,  
En que los ojos de Rosa  
Tomaron indefinible  
Una espresion que imitaba  
El gozo en los serafines.  
Brotándole de ambos ojos  
Sobre los puros matices  
De ambas mejillas, dos lágrimas  
Ardientes, irresistibles,  
Y apenas aparecieron,  
Cuando rápido Ramirez,  
Secando una con sus labios,  
Así imprudente la dice:  
"Mañana serás mi esposa.  
—Señor!

—Mañana.

—¿Es posible?

—Aquí mi palabra empeño  
Mañana es fuerza que brille  
Mi castillo con tus ojos,  
Con tu hermosura mi estirpe."  
Bajó, esto dicho, á la plaza  
El impetuoso Ramirez,  
Y al monge y al pueblo atento  
Estas palabras dirige:  
"Esta noche pueblo y valle  
Con hogueras se ilumine:  
Que redoblen los panderos  
Y las campanas repiquen;  
Que se remedien los pobres,  
Que se consuelen los tristes,  
Y todos á mis festejos  
Desde ahora se conviden.  
Mis aparadores cerquen,  
Mis anchas subas despiten,  
Mis tesoros se repartan  
Y se embriaguén con mis brindis.  
Vasallos, de hoy por tres años  
Quedais de tributos libres,  
Y de este modo mis bodas  
Se dispongan y dupliquen."

Rompió en aplausos la gente  
Que su largueza bendice,  
Y los vivas se redoblan  
Y las gracias se repiten.  
"Dádselas á la hermosura,"  
Dijo don Bustos Ramirez,  
Señalando á las ventanas  
De donde ella le despide;  
Y aplicando las espuelas  
Al negro potro que rige,  
Hace que en rápido escape  
Al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe  
Agradecida y humilde,  
Y Rosa aun en sus ventanas  
Muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas despues,  
Ya bien entrada la tarde,  
La tierra entregada en brazos  
De las nieblas impalpables,  
De una lámpara de cobre  
A los rayos desiguales,  
Lee Rosa unos pergaminos  
Que acaba de darle un paje.  
Pasaban sus negros ojos  
De orgullo y placer radiantes,  
De un renglon á otro renglon  
Sin apenas descifrarles.  
Los labios la sonreian,  
Y trémulos dilatándose,  
Por lo bajo murmuraban  
Sonidos de cada frase.  
Una caja de olorosa  
Madera tiene delante,  
Y de un cordoncito de oro  
Pende en su diestra una llave.  
Dobló alegre el pergamino,  
Y agradeciendo el mensaje,  
Despidió al buen mensajero  
Y á voces llamó á su madre  
Subió la vieja asustada,  
Recelosa de algun lance  
Que en parientes ó en amigos  
La fatal carta anunciase  
Mas apenas en el cuarto  
Puso los piés vacilantes,  
Rosa, cerrando la puerta,  
Dijola palabras tales:  
"Entrad. Nuestra es la fortuna;  
De contento no me cabe  
En el pecho el corazon,  
Ni atino cómo explicarme."  
Brígida exclamó angustiada;  
"Por Dios, muchacha, que acabes,  
Que tengo el alma en un hilo.  
—Esta llavecita la abre.  
—¿Pero qué se abre?

—Esa caja.

—Válgame el cielo! ¡diamantes!

—Sí por cierto.

—¿Y quién? . . . .

—Es mía.

—¿Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—¿De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es . . . .

—Indudable.

Es el regalo de bodas

Que el de Ramirez me hace.

—¿De bodas!

—¿Pues si me caso!

—¿Muchacha! Vas á matarme

Con tanto rodeo. Acaba.

—Por Dios que sois torpe, madre.

Si la caja es de don Bustos,

¿Con quién quereis que me case

Sino con él?

—¿Con tan alto